Hé aquí el lenguaje de la conciencia y de la razon aun entre los gentiles. Y nosotros que nos hallamos iluminados por la Divina Justicia, que ha descendido á la tierra y fijádose en medio de nosotros; nosotros que hemos sido sacados de estas tinieblas en que lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto podian distinguirse ó desembarazarse difícilmente, nosotros los emancipados de la verdad ¿tomaremos partido por la servidumbre de la mentira?

Gracias á Jesucristo, gracias á su Iglesia, que tienen en lo alto y hacen radiar de su faro la *Luz de las Naciones*, en medio de todas nuestras tempestades, no prevaleceran el error y la tiranía. Tendremos la altivez de nuestra naturaleza cristiana. ¡*El hombre es de Dios solo*! diremos con Tertuliano, y obligaremos á los Cancilleres de la Revolucion á decir una vez mas: «La fé en la palabra revelada de Dios está mas firme y mas viva todavía en el corazon del pueblo que su fé en la virtud santificadora de *no importa que artículo de la Constitucion*.

IV.

EL CRISTO, FIN DE LA CREACION, PRIMOGÉNITO Y HEREDERO DE TODAS LAS COSAS.

En esta cadena de las verdades de nuestra fé, que son al mismo tiempo verdades de ciencia, hay algunas que se juzga menos indispensable conocer, porque se alejan mas del centro recorriendo un círculo mas grande, y porque parecen ser de lujo en el tesoro de la doctrina. Por una doble ilusion contradictoria de mala ó débil querencia, despues de haberse mantenido en guardia contra la credulidad, se rehusan á la ciencia: llámase la luz y se huye de ella.

Sin embargo, al mismo tiempo que se pierde de nuestra vista esta doctrina en las profundidades de lo infinito, se halla tan perfectamente enlazada en todos sus puntos, se concreta de tal suerte á uno solo, que es Jesucristo, centro de todo el sistema, que puede decirse especialmente del círculo que ella describe, que este divino *centro* se encuentra allí *por todas partes y en ninguna su circunferencia*, porque es allí á la vez círculo y circunferencia, estrechándose y dilatándose á la medida de nuestra vista y de nuestros ojos, de manera que entre en el mas pequeño y esceda siempre al mas grande.

Con este título solo, no seria difícil de mostrar algun tanto á Jesucristo, bajo este último aspecto, para satisfacer en unos, esta gran necesidad de conocer que ha abierto en nues-

tra época el vacío de la fé, y para confundir en los demás, esa preocupacion, que es igual en orgullo y en ignorancia, sobre que esta fé nada tiene que ver con la ciencia, cuando es verdaderamente su síntesis y su llave.

Apresurémonos á añadir, que lo que pareceria al principio poder ser tachado de especulacion, parecerá al fin sobrado práctico.

Por otra parte solo se trata aqui de una ligera reseña de este gran asunto, que hemos intentado tratar en otra parte con el título de *Plan divino*, y cuya sencillez igual á su riqueza, nos permitirá circunscribirnos tanto cuanto podríamos estendernos.

«Dos verdades se disputan el paso, dice Fenelon; dos verdades que debemos esponer siempre juntas para la integridad de nuestra fé; la una que *el mundo es para* Jesucristo; la otra que Jesucristo *es para el mundo* (1).»

Que Jesucristo sea *para el mundo*, es decir, que el Hijo de Dios se haya encarnado y haya sido ofrecido en holocausto por la Redencion del mundo, es la fé comun de los Cristianos. Pero que el mundo *sea para Jesucristo*; es decir, que Jesucristo sea la razon primordial y el fin mediador de la universalidad de las cosas, es lo que no se considera, lo que no se sabe lo suficiente, y lo que sin embargo da á nuestra fé toda su integridad, y por decirlo así, toda su redondez doctrinal.

Este aspecto del Cristianismo es sumamente bello, y á muchos parecerá nuevo. Cuento con el atractivo que con este título no podrá menos de ejercer, para reclamar sobre él toda la atencion del lector y confiar en satisfacerle.

Comencemos desde luego por sentar, al menos en parte, las autoridades sagradas que hacen de esta verdad un artículo de fé. Porque podria creerse que es puramente filosófica, si la filosofía pudiera nunca llegar hasta allí.

(1) *Refutaciones del sistema de Malebranche*, cap. XXIV.

Hase dicho de Jesucristo, Verbo de Dios, en este principio del Evangelio de San Juan, cada una de cuyas palabras es un mundo de luz: IN PROPRIA *venit et* SUI *eum non receperunt*, lo cual debe traducirse: Vino *á su casa*, á su dominio; como lo confirma esta otra palabra, SUI, los *suyos*.—Y San Pablo dice tambien: *El Cristo es como Hijo en* SU PROPIA CASA, *cuya casa somos nosotros* (1). El mismo Jesucristo en el Evangelio no se muestra de otra suerte que como poseedor de dominio del mundo, *sabiendo que el Padre ha puesto en sus manos todas las cosas* (2); *habiendo recibido poder sobre toda carne* (3); y no solamente sobre toda carne, *sino en el cielo como en la tierra;* llamándonos siempre *suyos, los que le han sido* desde luego *dados y aquellos á quienes da* despues *la vida eterna* (4).—Finalmente, San Pablo, quitando el último velo, llama á Jesucristo: *Primogénito de toda criatura, que ha sido instituido heredero de todo el universo* (5); *que es antes de todos, y en quien consisten todas las cosas* (6), *por quien, para quien, en quien son todas las cosas, segun ha sido grato al Padre restaurar en la economía de la plenitud de los tiempos todas las cosas de los cielos y de la tierra* (7).

El mismo Apóstol enlaza en fin toda esta doctrina en tres eslabones. *Porque todas las cosas son vuestras; vosotros empero sois de Cristo y Cristo es de Dios* (8).

No temo decir que toda la ciencia del universo, toda la razon de las cosas cuya investigacion ha atormentado tanto y

(1) *A los Hebreos*, III, 6.
(2) San Juan, XIII, 5.
(3) Idem, XVII, 1.
(4) Idem, XVII, 2.
(5) *A los Colosenses*, I, 17.
(6) *A los Hebreos*, I, 2.
(7) *A los Efesios*, I, 10.
(8) *A los Corintios*, III, 22.

estraviado al entendimiento humano, el Plan divino, en una palabra, se halla contenido en esta doctrina.

Apliquemos á ella, pues, nuestra atencion; su belleza compensará esta fatiga.

Es del saber mas vulgar, que en todo acto nos proponemos un fin. Por esto se nos aparece en la Creacion una suprema Inteligencia, y por lo que la Obra proclama en ella la sabiduria del Artífice. Todo es encadenamiento de fines en la Naturaleza, y esto es lo que llamamos *causas finales*. En ella vemos que lo menos perfecto es para lo mas perfecto; la tierra y el aire para las plantas, las plantas para los animales, los animales para el hombre. Las ciencias naturales no tienen otro objeto que descubrír estos fines en el organismo de cada ser en sí, y en sus relaciones con los demás seres.

Pero si cada uno de los seres que componen el universo ofrece este carácter de tener un fin, no puede ser que el universo mismo en su conjunto no tenga tambien su fin, y que la sabiduría que aparece en las partes falte en el todo.

No solamente el Autor del Universo debió proponerse un fin, sino un fin digno de él, y no pudiendo igualarse en dignidad sino El mismo, el solo debió ser este fin. *Universa propter semetipsum operatus est dominus* (1).

Siendo el primer Principio del Universo debe ser El su fin postrero.

Pero ¿cómo puede ser este fin último sino es de la manera que fue su primer Principio?

Y en efecto:

Todas las ciencias humanas están de acuerdo con la ciencia sagrada en lo siguiente, que aparece por do quiera: en que todo el sistema de la Naturaleza tiene por ley general un desarrollo progresivo, que va de lo simple á lo compuesto, para

(1) *Proverbios*, XVI, 4.

volver de lo compuesto á lo simple, á lo *Uno*. La unidad es el punto de partida y el término, pasando por lo compuesto; pero un compuesto que, resintiéndose de su principio y de su fin, vuelve en union á la unidad, como lo espresa el nombre mismo del *Universo*. Esta multitud de familias, de géneros, de especies, de reinos, de esferas, nos muestra todas las cosas trabajando por la union universal y como caminando hácia la unidad. Este camino se prosigue, se simplifica y va aproximándose á la unidad mientras dura la Naturaleza y la comunidad de los seres de que se compone. Pero no lo conseguiria nunca por sí misma, porque todas las cosas creadas son esencialmente multiples y descomponibles. Salidas de la nada por naturaleza, van subiendo mas y mas por un secreto instinto hácia la vida, pero participando su vida de su naturaleza finita, no podria dejar de recaer en la nada, que es su fondo. No pueden ir pues mas allá de sí mismas, de lo multiple y de lo finito, y precisamente se encuentra mas allá, la unidad perfecta, la vida esencial principio y fin de la existencia creada y término de su reposo. Hay pues que salvar un abismo para el regreso como ha habido que salvarlo para la partida de la existencia. Hay que efectuar para esto una creacion sobrenatual, como ha habido que efectuar una creacion natural. Por esta ha sido llamado el universo de la nada á lo finito, por aquella será llamado de lo finito á lo infinito. Y esta creacion que hay que operar y este abismo que hay que salvar reclaman el auxilio del mismo Poder que verificó la primera creacion y que le hizo salvar la nada (1)

(1) Aquí me hallo embarazado con la magnificencia tanto como con el número de las autoridades y testimonios que se agolpan en apoyo de esta doctrina: Santo Tomás de Aquino, San Bernardo, S. Francisco de Sales, Suarez, el cardenal de Berula, Bourdaloue, Bossuet, Tomasino, etc. Nada iguala la belleza de las ideas, de los sentimientos y de las expresiones que les inspira y de que he presentado estractos en mi

En resumem, el universo supone un Principio y reclama un Fin, fuera del universo. Siendo este Principio y este Fin la unidad, deben ser lo *Uno*,—Dios, única unidad simple. Por último solamente el mismo Poder que evocó el Universo de la nada á lo finito es el que puede elevarse á la altura de su Fin, idéntico á su Principio.

¿Y cual es este Poder?

Ya lo hemos visto, es el Verbo de Dios. Dios evocó de la nada el universo por medio de su Verbo. Por este mismo Verbo le elevará al único fin que pudo proponerse al crearlo: á Sí mismo.

Para ello, este Verbo *Creador* se hará Verbo *Mediador*. Será el fin inmediato de la creacion, para que esta alcance en él y por el su fin mediato, que es el mismo Dios. Para este efecto, la asumirá como una herencia, y la llevará por siempre unida á su Persona divina hasta su gloriosa unidad por la cual es el mismo uno con Dios.

Acabemos de desarrollar este gran designio y su bella economia.

El hombre parece el término y la cima de la creacion puesto que reune en sí todos sus elementos y todas sin virtudes sensibles; las propiedades de los cuerpos, la vida de las plantas, la sensibilidad, el instinto y la industria de los animales. Pero no se limita á esto su naturaleza. Hásele conferido otra naturaleza, sin analogía con el mundo visible, y que principia en él un órden nuevo, no por continuacion y por progreso, sino por un *salto* que puede llamarse, para espresar su maravilla, la *dificultad de la Creacion*: la naturaleza racional y moral, el pensamiento y la conciencia, que, no solamente le

libro *El Plan divino*. La marcha mas rápida de este discurso no me permite reproducirlos aquí. Mejor es que continue la esposicion de la doctrina misma.

constituye *único* contemplador del universo, atormentado por la necesidad de darse razon de las cosas, y descubriendo en ellas, ademas de su aspecto sensible, leyes intelectuales y bellezas morales que serian perdidas sin él, sino que le hacen ciudadano de otro mundo, del mundo invisible de los espíritus, donde entra en relacion con la Razon y la Justicia mismas, esenciales, eternas y necesarias, bajo el nombre de Dios; de Dios, á quien, solo en el mundo, por una facultad superior todavia á la razon, la facultad de religion, le es dado conocer y adorar por cuenta del universo.

Por esto se puede decir, que el hombre ofrece en sí un bosquejo por lo menos de mediador, siendo á un tiempo mismo á semejanza de la animalidad y de toda la naturaleza sensible, cuyo pontificado ante Dios ejerce, y á semejanza de Dios, cuya soberanía sobre esta naturaleza representa. «Poco inferior á los ángeles; coronado de gloria y de honor; constituido sobre las obras de Dios que sujetó todas las cosas bajo sus piés (1).»

Pero dicho esto, es preciso reconocer tambien que el hombre es demasiado pequeño para desempeñar debidamente esta doble funcion mediadora entre el mundo y Dios; para tributar á Dios toda la gloria que debió proponerse al crear el mundo, y para ejercer en este toda la autoridad de esta creacion; para *sostener*, como dicen los jurisconsultos, las *fuerzas* de semejante *herencia*, satisfacer todas sus cargas, y representarla debidamente; para ser, en una palabra, la razon primera y la causa final del universo.

Sin hablar de la creacion puramente espiritual y angélica que nos supera evidentemente, y midiéndonos tan solo por la creacion sensible, tal como se nos aparece desde el pequeño globo á que hemos sido arrojados; aunque tenga alguna superioridad sobre ella el hombre como *caña pensadora*, es una

(1) Salm., VIII, 6.

superioridad de nobleza y de naturaleza, pero no de autoridad y de posesion. Hállase absorbido en ella aun por el pensamiento. «Suspendido entre los dos abismos de lo infinito y de la nada de los séres, limitado en su inteligencia como en su cuerpo, y no pudiendo apercibir mas que alguna apariencia en medio de las cosas, en una desesperacion eterna de conocer su principio ni su fin;» tal es el hombre, dice Pascal; y el mismo Pascal, uno de los mayores talentos, no lo es precisamente sino por esa capacidad de concebir toda su debilidad.

Añade, pues, muy bien: «Solo el Autor de estas maravillas las comprende: ningun otro puede hacerlo.»

¿Qué deducir de aquí, bajo el punto de vista de la verdad que investigamos?

Indudablemente, que este Autor, el Verbo, por el cual creó Dios el universo, es el único que puede sostener su peso y referir á él su homenaje.

Pero la dificultad no hace con esto mas que cambiar de sitio y reproducirse en proporcion inversa de la en que acabamos de considerarla con relacion al hombre.

En efecto, el Verbo, Dios mismo, es demasiado superior á su obra, por maravillosa que esta sea, para poder enriquecerse con ella. Tanto como la creacion supera al hombre y le absorbe, tanto es ella superada y absorbida por esa inmensidad de tesoros de la divina Sabiduría de donde ha salido todo y que nada tiene que recibir. Referírsela á él seria referir una gota de agua al Océano. El Verbo de Dios es sobrado grande para ser el *heredero* de la creacion, para ser *instituido* tal, para ser *exaltado* sobre las criaturas y recibir como *don* esta primacía. Todo esto lo tiene por su naturaleza, siendo Dios, y para él sería descender el subir á ese trono de la creacion que no es mas que el escabel de sus pies. Y ademas, y finalmente, no es de ella, y seria preciso que lo fuera, como el hombre, para resumirla y rendir su homenaje.

El hombre es de ella y rinde á su manera este homenaje por todas las criaturas inferiores, que son capaces de prestarlo en él. Pero ¿qué relacion puede tener con Dios este homenaje? Dios único es el único que puede honrarse dignamente. Pero entonces, no es ya su obra quien le honra y quien cumple con esto su fin.

¿Qué era, pues, necesario?

Era necesario que el mismo Dios, su Verbo igual á El, y por medio del cual hizo el mundo, se asimilase á su obra, *se hiciese del mundo*, de esa humanidad que solo puede bosquejar y balbucear su homenaje, y que, tomando dicho homenaje en este punto, recapitulando en sí toda la creacion humana, la divinizara en cierto modo en su Persona, y la hiciese por ello verdaderamente digna de Dios.

Tal es la maravilla con la cual se ha resuelto el problema de la relacion del universo con Dios, de lo finito con lo infinito, en la Persona del Verbo, resumiendo en sí toda la creacion, para ser su Fin mediador en su humanidad, como es su Principio creador en su Divinidad.

No se me pregunte como puede hacerse esto, como el Verbo de Dios pudo unir en sí la humanidad á su divinidad; ya lo diré cuando se me haya dicho cómo pudo unir el espíritu á la materia en esta misma humanidad, lo cual es mas incomprensible en un sentido; puesto que parece existir incompatibilidad entre la materia y el espíritu, mientras que solo hay desproporcion entre el espíritu y Dios; y su relacion natural que hizo decir tan exactamente á Ciceron, que hay una primera sociedad de semejanza entre el hombre y Dios, y que somos nosotros de su *estirpe* se presta á la concepcion de esta relacion sobrenatural por la cual se hizo él mismo de nuestra *estirpe*, por una segunda sociedad.

Como quiera que sea, nos hallamos aquí en un pais misterioso, y no tenemos el derecho de suscitar dificultades. No hay